

¿Desarrollo y migración?¹

Úrsula Roldán Andrade
Directora del Instituto sobre Dinámicas
Globales y Territoriales (IDGT), Universidad
Rafael Landívar.

Resumen

Este artículo plantea la siguiente interrogante: ¿es posible hoy hablar de migración y desarrollo? Para dar respuesta a esta pregunta, se realiza un recorrido histórico por las distintas concepciones del desarrollo, para comprender de mejor manera los enfoques existentes en la articulación de la migración y del desarrollo. Esta ha sido producto de diversos aportes teórico-empíricos que han llevado a cuestionar y a problematizar el vínculo directo entre una y otra dinámica. Posteriormente, se analiza el contexto centroamericano y se trata de ejemplificar los grandes problemas estructurales que confirman lo difícil que sería hacer esta relación sin realizar los cambios locales, nacionales y transnacionales necesarios. Al final, se muestran algunas conclusiones que responden a la pregunta original. A su vez, se ofrecen propuestas de alternativas frente a los escenarios actuales antiinmigratorios y las diversas potencialidades que presentan las dinámicas migratorias y especialmente los sujetos migrantes, a pesar de los fracasos del desarrollo.

1. El desarrollo: su trayectoria conceptual

Son ya casi cinco décadas desde que conocemos el concepto y las teorías sobre el desarrollo. En aquel entonces, la modernidad era el principal paradigma y el espectro del mundo se fortalecía desde Occidente y desde el capitalismo. La humanidad transitó previamente por siglos de

1 Ponencia en el Seminario Regional de Migraciones. Nuevas Formas de Habitar el Mundo, realizado en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", del 10 al 13 de abril del 2018.

oscuridad, de aparente ilustración y, posteriormente, por dos guerras mundiales, que ocasionaron muchas pérdidas humanas. Solo así se forjó un campo de discusión y consensos de alcance internacional con la idea de universalizar una manera de concebir los derechos humanos, la paz y el bienestar social.

El sistema económico capitalista fue profundizándose paralelamente a la concepción sobre el desarrollo y así se fueron encontrando formas de interpretar los caminos por donde se debía transitar.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la reconstrucción de Europa significó el poderoso desarrollo industrial y Estados Unidos se ungió como la principal potencia mundial. En ese entonces, los países de América Latina todavía mantenían rezagos de ser antiguas colonias del Viejo Continente, pues, aunque ya eran países independientes formalmente, mantenían la dependencia política y económica por la penetración del capital y por el control de las principales exportaciones.

La destrucción y la dominación, que significó el proceso de colonización para unos y la acumulación para otros, fue el primer paso para instaurar un mundo con una evolución desigual. Esta se fortalece con la instauración de continentes que generan materias primas y de otros se aprovechan de su transformación y consumo. De este modo, la situación comenzó a problematizarse, ya que el desarrollo se encontraba en los países que eran el centro de esta economía, mientras que los demás se ubicarían en la periferia. Así, los primeros crearon la dependencia de los segundos mediante el financiamiento y la tecnología.

A pesar de tener disputas con otro espectro del mundo (el modelo socialista), Occidente ya tenía una economía capitalista, por lo que América Latina se configuró como un continente de econo-

mías primarias, con excepción de México, Brasil y posteriormente Argentina, Chile y Colombia, pero dependientes todas de las economías centrales de Europa y cada vez más de Estados Unidos. En este contexto, evolucionó el concepto de desarrollo.

1.1. Las distintas concepciones sobre el desarrollo

El debate inicial fue concebir el desarrollo como la capacidad de las naciones para crear crecimiento económico, y aun hoy estas teorías refuerzan desde su concepción como únicos indicadores de medición los que marca la macroeconomía, planteándose que todos los países debían seguir el camino que los países desarrollados habían tenido. El desarrollo era visto como un paso de etapas similares para todos. Así, el desarrollo fue concebido como un “conjunto de transformaciones en las estructuras políticas, económicas, sociales y mentales que hacen posible un crecimiento sostenido en el producto y el ingreso que benefician al conjunto de la población” (Perroux, 1970). Sin embargo, la década de los setenta fue suficiente para demostrar que no todas las naciones crecían de igual manera, y que, por el contrario, diversos continentes, como África, Asia y América Latina, mostraron altos niveles de endeudamiento, recesión económica y contracción de los mercados. Finalmente, esto generó condiciones de pobreza, que dieron lugar a conformar teorías como la de la dependencia, la de los países periféricos y la de los subdesarrollados.

El continente europeo gozó del auge de los “estados de bienestar”, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX (según la teoría neoclásica de Keynes, en 1930, en respuesta al *crack* económico). Por su lado, Estados Unidos, como el gran ganador de la Segunda Guerra Mundial y el primer representante del capitalismo internacional, fue quien impulsó la teoría económica clásica del liberalismo, creada siglos atrás, por Adam

Smith, David Ricardo y Thomas R. Malthus, entre 1723 y 1790.

Sin embargo, el surgimiento de otras teorías e ideologías, como la marxista a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, que inspiró las revoluciones socialistas, dio otras explicaciones distintas a la del capitalismo. Esta sostenía que la acumulación de la riqueza se genera a través de la diferencia del valor que recibe el trabajador (salario) y el valor que produce (plusvalía). Así, se produce una disputa por el mundo entre los países capitalistas y los socialistas, disputa que concluye en 1991 con la caída del Muro de Berlín. Esto significó que la hegemonía en el mundo la ejercieron los países capitalistas, comandados por Estados Unidos. De este modo, los países dependientes de estas economías sufrieron los embates de mayor pobreza y desigualdad, a la vez que sus Estados se vieron impactados por contradicciones internas y por la imposición de dictaduras militares, así como por la Guerra Fría entre los países capitalistas y los países socialistas.

De esta forma, a finales de la década de los setenta, el mundo empieza a sufrir cambios significativos en cuanto a la crisis de la forma del trabajo inspirada en el fordismo; ocurre una fragmentación de la producción y los mercados financieros comienzan a expandirse fuera de las fronteras de los Estados. El capitalismo, entonces, requiere ya de procesos de desregulación de los mercados y de sus inversiones.

A su vez, estas teorías se apropiaron del proceso histórico de la globalización y la llevaron a la práctica como la expansión de la circulación del capital, de las mercancías y del consumo. Esto se apoyó en el auge de las nuevas tecnologías, que multiplicaron por mil la capacidad de las comunicaciones, así como en la ideología dominante del capitalismo como la teoría única sin terminación.

Entonces, las décadas de los sesenta, setenta y hasta los ochenta marcan el fin de la teoría clásica del liberalismo económico, el fin de las sociedades socialistas instauradas a inicios del siglo XX, e impulsan en el mundo la teoría e ideología neoliberal, que se impone hasta nuestros días.

A partir de los años noventa, América Latina vivió procesos de ajuste estructural que implicaron la reducción de sus Estados, procesos de privatización, de desregularización de sus mercados y la flexibilización del trabajo. Todo esto se dio sin que sus economías se hubieran liberado de economías basadas en la agroexportación de materias primas, salvo algunas excepciones en las que sí pudieron realizar procesos paulatinos de industrialización.

Sin embargo, toda esta expansión de la economía y de los procesos de pauperización de los países llamados “subdesarrollados” produjo en el mundo nuevos retos para las teorías de desarrollo y de la globalización, como se explicará más adelante, debido a que inició una degradación ambiental en el planeta, lo que creó trastornos en el comportamiento de los fenómenos y eventos ambientales, y afectó con mayor crudeza a los países periféricos. Todo esto fue producto de las emisiones de gases de las grandes industrias que afectaron sustancialmente la capa de ozono. De esta forma, surgió la teoría del desarrollo sostenible, que desde finales de los setenta inició con una crítica al crecimiento económico e incluso hizo propuestas de crecimiento cero que, por supuesto, sufrieron diversas oposiciones. Por tanto, fue fundamental la publicación, en 1987, del libro *Nuestro futuro común*, conocido como Informe Brundtland, de la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y Desarrollo de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). También fue importante, en 1992, la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, que definió el desarrollo sostenible como “aquel que satisface las necesidades de la

generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades”. A partir de entonces, este impulso del desarrollo sostenible ha marcado un fuerte cuestionamiento al tipo de desarrollo y de modernidad que se construyó y a las enormes diferencias entre países ricos y países pobres. El paradigma del desarrollo de los países ricos dejó de ser el paradigma al que todos los países debíamos aspirar, ya que el mismo no solo era imposible de alcanzar, sino que, de seguirlo impulsando, sería a costa de una alta destrucción de los recursos no renovables.

Por ello, en esta década, se tiene otro tipo de respuestas a las condiciones de vida de los países más empobrecidos y de desarrollo desigual, que fueron deteriorándose precisamente por el impulso del capitalismo neoliberal y de los ajustes estructurales. Por lo tanto, era necesario trascender el desarrollo como crecimiento económico y como único indicador el PIB. Se necesitaba más bien un crecimiento redistributivo, capaz de crear empleo y de responder a las necesidades humanas; es decir, un desarrollo centrado en las personas y en las oportunidades. Amartya Sen, Nobel de Economía en 1998, conceptualizó: “El desarrollo puede concebirse como un proceso de expansión de las libertades reales que disfrutaban los individuos. El desarrollo exige la eliminación de la principales fuentes de privación de libertad: la pobreza, la tiranía, la escasez de oportunidades económicas, las privaciones sociales sistemáticas, el abandono de los servicios públicos, la intolerancia o exceso de intervención de Estados represivos”. De esta forma, se crea el Índice de Desarrollo Humano, que promueve tener una vida digna y saludable y adquirir conocimientos. A partir de ahí, la ONU encabezó una serie de acuerdos sobre la erradicación de la pobreza. En 2000, se crearon, por ejemplo, los Objetivos del Milenio, y, con una combinación con el concepto de desarrollo sostenible, se crearon los Objetivos

para el Desarrollo Sostenible y los Objetivos Globales de 2030 (ONU, 2015).

Como vemos, han transcurrido diversos siglos y ha habido varias décadas recientes de debate sobre la realidad humana, desde la perspectiva de los Estados del mundo occidental, en los cuales se han generado teorías e ideologías económicas y de desarrollo que pueden dar respuesta al crecimiento económico, a la distribución del ingreso, a las necesidades humanas y a la regeneración del sistema ambiental.

Estas teorías han sufrido un desgaste, pues los niveles de expansión del capitalismo y sus impactos en la concentración de la riqueza y en la acumulación por despojo (Harvey, 2007) de diversos conglomerados sociales crean cuestionamientos serios al tipo de paradigma de desarrollo que ha dominado y, aunque existen respuestas más integrales como las del desarrollo humano y sostenible, estas ya son difíciles de cumplir frente a la degradación de los Estados y de su capacidad de controlar los intereses capitalistas en equilibrio con el bien común. El capital y las empresas multinacionales hegemónicas ya los diversos procesos (Márquez & Delgado, 2011), así como el cuestionamiento a la modernidad y al capitalismo, que, aunque experimentaron ya medio siglo de auge, ha sido a costa de miles de víctimas humanas y de pérdidas ambientales.

De esta forma, hoy el siglo XXI se enfrenta a nuevos paradigmas de desarrollo capaces de contrarrestar o de reajustar el capitalismo y de establecer nuevas teorías a viejos problemas: capitalismo, Occidente, modernidad y desarrollo. Por ello, cobran relevancia las contribuciones de otras civilizaciones, como la de los pueblos originarios y como los orientales y árabes, que, aunque no han escapado de las etapas del desarrollo de las naciones y ahora tampoco se han alejado del capitalismo, sí incluyen nuevas maneras de concebir y de vivir lo que se ha conocido como desarrollo. Estas

nuevas concepciones en América Latina se hicieron acompañar por el resurgimiento de las “ideologías socialistas del siglo XXI”, que se generaron en el sur y que dieron origen a la concepción del “buen vivir”. Estas, luego, fueron incluidas como aquellas que se empezaron a construir en los noventa como teorías del posdesarrollo y con las que, paradójicamente, se concibió que el desarrollo ya no era el eje organizador de la vida y que tampoco tomaría lugar únicamente desde la mira de Occidente, sino desde la revalorización de las culturas vernáculas y desde la necesidad de depender menos de los conocimientos de expertos y de organismos internacionales y más de los intentos de la gente común de construir mundos más humanos, así como cultural y ecológicamente sostenibles. Además, debían de tomar más en cuenta las voces y las experiencias de los movimientos sociales. Estas nuevas concepciones pareciera, asimismo, que estarían en constante construcción y disputa, ya que la misma globalización sería concebida como un proceso histórico y profundamente negociado (Escobar, 2005, p. 20). Estas teorías, pese a las críticas, han dado lugar a los últimos debates sobre la necesidad de trascender las teorías sobre el desarrollo y la modernidad, y se han planteado desde el sentido de las necesidades para pueblos, géneros, territorios y espacios específicos; por ello, dialogan ahora con teorías sobre la decolonialidad, los feminismos y las diversas concepciones de los pueblos vernáculos territorializados. Otro mundo es posible; otra globalización y otras concepciones sobre el desarrollo también (Escobar, 2005). Es importante señalar cómo esta teoría reconoce un proceso constructivista desde los sujetos y cómo otorga relevancia a los sentidos, al lenguaje y a la significación de sus particulares formas de vida y desde sus conocimientos y sus prácticas, así como que desde el saber y el hacer se construye también el poder (Escobar, 2005, p. 21).

2. Los enfoques sobre el desarrollo y las migraciones

Junto al debate planteado anteriormente, están las concepciones sobre el desarrollo y sobre las migraciones. Estas, al igual que el desarrollo, han sido parte importante de los antecedentes del caminar de la humanidad. Pero es sobre todo a partir del desarrollo industrial y de una mayor división internacional del trabajo cuando se configuran las dinámicas de las actuales migraciones, que se caracterizan más por ser de carácter económico y laboral y de flujos que van especialmente del sur hacia el norte, y se intensifican por el capitalismo global, ya que este modelo expandió las comunicaciones y la circulación del capital, la deslocalización internacional de la economía y la desestructuración de muchas de las economías nacionales, y, a su vez, con la flexibilización del trabajo, se fortalecieron las dinámicas de concentración de riqueza y de explotación de la fuerza laboral. Así, en 1980, las migraciones representaban 100 millones de personas que vivían por más de un año fuera de su lugar de origen. De ellos, 47.7 millones se ubicaban en países desarrollados, frente a 52.1 millones en países subdesarrollados, periféricos y pobres. En 2006, de 190 millones de migrantes, 61 millones correspondían a flujos de sur a sur; 53 millones eran de norte a norte; 14 millones, de norte a sur, y 62 millones, de sur a norte (Castles y Delgado, 2007). En 2013, la población migrante de sur a norte igualó a la población migrante de sur a sur, que era de 232 millones de migrantes. De estos, 135.6 millones viven en regiones desarrolladas y 95.9 millones lo hacen en regiones en desarrollo, y es en América del Norte donde aumentó mayormente la población inmigrante, con 53.1 millones. La migración internacional representó en 2013, según datos de países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE, 2013), el 3.2 %; 34.8 millones de personas tienen menos de 20 años; las mujeres representan el 48 %, con diferen-

cias continentales importantes, y el 70 % de los adultos mayores de 60 años, 37 millones, se ubican en los países desarrollados. La cifra total de refugiados constituyó en ese mismo año el 15.7 %. Asimismo, 9 de cada 10 refugiados encontraron asilo en los países en desarrollo. Uno de cada tres migrantes internacionales tiene una educación limitada y, por el contrario, para casi todos los países de origen, la tasa de emigración de los más calificados sobrepasa la tasa total de emigración, lo que caracteriza una emigración selectiva con respecto al nivel de estudios. Para el caso de América Latina, la relación es de 5.4 (tasa de emigración) a 7.4 (población calificada), y es especialmente dramático para los países de América Central norte, donde la relación en El Salvador es de 18.6 a 20.6; en Honduras, de 9 a 14; y en Guatemala, de 7.1 a 16.3. En 2016, estas cifras aumentaron: hay 244 millones de migrantes en el mundo y 20 millones son refugiados. La India, con 16 millones, y México, con 12 millones, encabezan el listado de países de emigrantes (OCDE, 2013).

De cara a estas cifras, el interés por la discusión sobre migración y desarrollo dio paso a una primera oleada de debates a finales de la década de los noventa, pero perdió dinamismo; esta se retomó en el 2000 y duró hasta finales del 2010. El interés emergió porque tanto organismos internacionales como Estados de origen y de destino hicieron énfasis en las ganancias y en las oportunidades de la migración. El primer acento se dio en las remesas y se denominó “nuevo mantra del desarrollo” (Kapur, 2004) la creencia de que las remesas pueden canalizarse hacia inversiones económicas que superen el subdesarrollo. O, dicho de manera más cruda y menos positiva, la idea es que algunos de los trabajadores más explotados del mundo pueden compensar los fracasos de las políticas de desarrollo dominantes” (Castles y Delgado Wise, 2007, p. 12). Así, bajo este “mantra del desarrollo”, se hizo énfasis en los diversos beneficios de las migraciones, como

la transferencia de habilidades y actitudes, conocida como “remesas sociales”. La fuga de cerebros se acuñó como circulación de cerebros; la fuerza de las diásporas para el desarrollo, la certeza de que este desarrollo económico que generan las migraciones reduciría la emigración y estimularía la migración de retorno y la migración temporal, o la circulación de fuerza de trabajo que podría estimular el desarrollo.

Sin embargo, toda la década del 2000 sirvió para el debate tanto de las deficiencias de constatación de datos como, desde la concepción teórica, para reforzar el planteamiento anterior (Canales, 2008; Castles y Delgado Wise, 2007; Delgado y Márquez, 2009; Delgado, Márquez y Rodríguez, 2009; Márquez, 2005 y 2008a; Binford, 2002; Newland, 2007, en Márquez, 2010).

Así, Márquez Covarrubias (2010, pp. 63-65) sintetizó los mitos sobre el planteamiento de la vinculación de las migraciones y el desarrollo:

Primer mito: la migración constituye el rostro humano donde todos ganan: migrantes y familiares, países de origen y destino.

Segundo mito: la integración regional de libre mercado y las políticas de ajuste estructural consustanciales desembocan en una convergencia económica y disminuyen la migración.

Tercer mito: la migración es un fenómeno que no se puede contener, solo se puede administrar o gobernar.

Cuarto mito: la migración es un proceso cultural, una tradición de los pueblos que se reproduce a sí misma.

Quinto mito: la migración es una estrategia de las familias e individuos para maximizar sus ingresos.

Sexto mito: los migrantes son agentes del desarrollo, y sus recursos, principalmente las remesas, la palanca.

Séptimo mito: las “buenas prácticas” representan la mejor estrategia de migración y desarrollo.

De esta forma, se cierran los planteamientos que sustentan que las condiciones estructurales del capitalismo globalizado provocan deterioro socioambiental, mayores desigualdades que originan cada vez más migraciones forzadas —lo que resulta en altos costos para las familias migrantes— y que los migrantes están contribuyendo, sobre todo a los países de destino, con la exportación del bono demográfico. Por ejemplo, Wise (2007), en sus reflexiones sobre migración y desarrollo desde una perspectiva de los países del sur y apoyado en estadísticas actualizadas de América Latina y del Caribe y en los censos de Estados Unidos entre el 2000 y el 2010, plantea que la emigración de población de 15 a 64 años en toda América Latina ha representado el 10 %: para México, el 21 %; para El Salvador, el 41 %; para Honduras, el 23 %; y para Guatemala, el 17 %. Esta migración contribuye al abaratamiento de la fuerza laboral, ya que la discriminación salarial ha representado para México -44.2 y para Centroamérica -36.7, mientras que para todo el resto de Norte América ha sido de 49.3. Por otro lado, la circulación de cerebros ocurre pensando más en los países de destino que en los problemas de desarrollo de los países de origen. Así, México ha exportado su mejor fuerza de trabajo —con licenciaturas y posgrados—, ya que es el cuarto país que aporta, con 0.55, esta fuerza de trabajo calificada. Centroamérica, por su lado, hace parte de los contingentes de fuerza de trabajo no calificada.

De igual manera, las remesas contribuyen a las economías nacionales y son una válvula de escape para los países

del sur, ya que les permite conservar sus sistemas nacionales y locales, lo que crea dependencia y desincentiva las dinámicas productivas.

Al tener clara esta crítica desde un enfoque estructural y dialéctico sobre la no vinculación automática de migración y desarrollo que comparto, ahora paso a ejemplificar, describiendo en breve, el contexto del norte de Centroamérica.

3. El contexto centroamericano es muestra de la crisis del modelo de desarrollo socioeconómico, ambiental y de democracias inconclusas

Centroamérica tiene una larga historia de rezagos estructurales en su modelo económico, social y político, especialmente porque parece no superar del todo la situación de colonialismo y la época liberal en la que unos señores criollos se hicieron herederos de la dominación y gestaron el modelo agroexportador primario, que no se ha modificado del todo hasta la fecha. Diversos flagelos de estos importantes períodos se mantienen, como la explotación de fuerza de trabajo barata, las economías pequeñas basadas en la agricultura y en el sector de servicios (y menos en la industria), con altos niveles de concentración de la riqueza, así como el racismo, sobre todo en Guatemala y un poco menos en Honduras, Nicaragua y El Salvador, y Estados que no terminaron de establecerse debido al gran retraso que provocaron las dictaduras militares, las guerras internas en El Salvador y en Guatemala, la retaguardia montada en Honduras y la Revolución y la Contrarrevolución nicaraguenses.

Con estas características, Centroamérica entró en la etapa del capitalismo neoliberal por medio de diversas reformas y de los ajustes estructurales, lo que implicó una mayor pérdida de la capacidad de los Estados para establecer políticas de redistribución y de beneficio social. Asimismo, la

fluctuación de los precios de los principales productos de exportación y la tecnificación de los productos industriales provocaron la desaparición de algunos productos. Al mismo tiempo, el campo sufrió severas crisis de empleo, y la mayor concentración en el acceso y uso de la tierra y las posteriores crisis ambientales provocaron más desincentivos para la agricultura campesina. Así, 1990 fue un período de pico alto para las

migraciones internacionales hacia Estados Unidos, lo que significó una válvula de escape para las frágiles economías de muchas familias rurales y de áreas marginales de los centros urbanos.

A continuación, algunos indicadores que demuestran la actual situación centroamericana.

Indicadores para Centromérica (2013)

| Países | PIB (rangos) | Top 10 de agroexportaciones como porcentaje del PIB | Remesas | Turismo | Total (agroexportaciones + remesas + turismo) |
|-------------|--------------|---|---------|---------|---|
| Panamá | 6 | 10 | 2 | 11 | 31 |
| Costa Rica | 4 | 7 | 2 | 6 | 15 |
| Nicaragua | 4 | 39 | 12 | 4 | 55 |
| Honduras | 2 | 23 | 16 | 4 | 43 |
| El Salvador | 2 | 5 | 16 | 3 | 24 |
| Guatemala | 3 | 14 | 10 | 3 | 27 |

Fuente: Banco Mundial (2015).

Como se muestra en el cuadro anterior, las economías centroamericanas mantienen un crecimiento económico estable pero lento; son especialmente marcados los rezagos de Honduras y de El Salvador, y atrás está Guatemala. Además, se muestra el peso que tiene la agricultura, especial-

mente en Nicaragua, Honduras y Guatemala, así como el peso significativo de las remesas para todos los países centroamericanos, desde Nicaragua hasta Guatemala. El turismo, por otro lado, es importante para Panamá y un poco menos para Costa Rica.

Sectores de la economía y fuerza laboral de Centroamérica (2010 y 2012)

| Actividad económica | Panamá | Costa Rica | Nicaragua | Honduras | El Salvador | Guatemala |
|-------------------------|-------------|-------------|--------------|--------------|--------------|--------------|
| Agricultura (% del PIB) | 4 (2013) | 7 (2013) | 16.92 (2013) | 13.39 (2013) | 10.84 (2013) | 11.31 (2013) |
| Fuerza laboral (%) | 16.7 (2012) | 13.4 (2012) | 32.2 (2010) | 36 (2010) | 21 (2012) | 32.3 (2012) |
| Servicios (% del PIB) | 75.30 | 69.16 | 52.21 | 59.38 | 62.20 | 59.68 |

| Actividad económica | Panamá | Costa Rica | Nicaragua | Honduras | El Salvador | Guatemala |
|--|----------------|----------------|----------------|----------------|----------------|-----------------|
| Fuerza laboral (%) | 65.2 (2012) | 66.9 (2012) | 51.2 (2010) | 44.2 (2010) | 59.9 (2012) | 48.20 (2012) |
| Industria (% del PIB) | 20.94 | 25.20 | 30.87 | 27.29 | 26.95 | 29.95 |
| Fuerza laboral (%) | 18.2 (2012) | 19.5 (2012) | 16.5 (2010) | 19.5 (2010) | 21.1 (2012) | 19.5 (2012) |
| Formal | 53.8 (2010) | 57.2 (2010) | 36 (2008) | 27.1 (2009) | 38.5 (2009) | 32.3 (2006) |
| Informal | 46 | 41.9 | 63.8 | 72.9 | 61.5 | 65.7 |
| Ninguna educación, educación primaria: algo y completa | 34.1 | 31.9 | 72.8 | 58.8 | 53.5 | 64.4 |
| Educación secundaria: algo y completa | 41.4 | 45.4 | 30.1 | 33.6 | 33.6 | 28.8 |
| Educación superior | 24.5 | 22.7 | 14.7 | 7.5 | 12.8 | 6.5 |

Fuente: Banco Mundial (2015).

Consecuentemente con los datos anteriores, la agricultura tiene ya un peso relativo como fuente de fuerza de trabajo, y es ya más significativo el sector de servicios, así como la dinámica informal, que es una tendencia fuerte desde Nicaragua hasta

Guatemala. Esta tendencia se mantiene en el nivel educativo de esta fuerza laboral, ya que el mayor conglomerado está situado en el nivel sin educación, primaria incompleta o primaria completa, menos en secundaria y mucho menos en el nivel superior.

Datos de pobreza, distribución de ingreso, IDH y gasto público (2013 y 2014)

| Países | Pobreza total (tasa de pobreza del 2013) (%) | Distribución del ingreso nacional por quintil superior (2013 o valor más reciente) (%) | Ranking de Índice de Desarrollo Humano (2013) | Migrantes en relación con la población total (2013) (%) | Gastos públicos y gastos sociales, según datos del Banco Mundial (2015) y de ICEFI en educación (2014) (%) |
|----------------------|--|--|---|---|--|
| Panamá | 20.4 | 56.4 | | | Educación 13, salud 12.8, ejército N. A. |
| Costa Rica | 12.2 | 56 | 64 | | Educación 23.4, salud 26.9, ejército 0.0 |
| Nicaragua | 52.2 | 52.6 | 29 | | Educación 22.8, salud 20.9, ejército 4.4 |
| Honduras | 59.4 | 60.4 | 31 | 12 | Educación 35.9, salud 12.2, ejército 4.3 |
| El Salvador | 31.8 | 51.0 | 39 | 18 | Educación 15.9, salud 18.2, ejército 5.6 |
| Guatemala | 62.4 | 62.6 | 33 | 8.1 | Educación 20.6, salud 17, ejército 3.4 |
| Centroamérica | 47.7 | | | | |

Fuente: Banco Mundial (2015).

Los niveles de pobreza se acentúan en Nicaragua, Honduras y fuertemente en Guatemala, y es para todos, a excepción de Costa Rica, el *ranking* bajo en el Índice de Desarrollo Humano, por lo que es significativo que los gastos priorizados para los rubros de salud y educación sean bajos, salvo en Costa Rica y Nicaragua, lo que refleja una contradicción sobre los índices de pobreza que presenta este último país. De igual manera, tampoco Panamá parece tener un nivel de inversión importante ni en educación ni en salud. Llama la aten-

ción que la mayor inversión en educación sea de Honduras, lo que no corresponde tampoco con sus niveles de pobreza. Los países marcadamente más desiguales son Honduras y Guatemala. Todos estos indicadores seguramente tienen una relación con el porcentaje de migrantes, aunque en el caso de El Salvador se da por una relación más directa con el éxodo de la guerra de los años setenta y ochenta.

Este contexto se ve agravado por la situación de la corrupción y de la cooptación de

los Estados, que desde 2015, en el caso de Guatemala, fueron develadas contundentemente por la Comisión Internacional contra

la Impunidad y por el Ministerio Público. Esta situación no es ajena a ninguno de los otros países centroamericanos.

| Países | Tasas de homicidios por cada 100,000 habitante (2016) |
|-------------|---|
| Panamá | 9.8 |
| Costa Rica | 8.11 |
| Nicaragua | 7 |
| Honduras | 81.2 |
| El Salvador | 59.1 |
| Guatemala | 27.3 |

Fuente: FUMPADEM (2017).

Otro de los flagelos graves de Centroamérica son las condiciones de violencia, especialmente en los tres países del norte, donde se están generando situaciones que son endémicas de esta región y que hacen difícil la habitabilidad y la paz social. Esto provoca que hoy exista ya no solo una migración por causas económicas, sino por otras causas de degradación de los contextos, que se constituyen en migraciones forzadas.

En conclusión, podemos asegurar que la región se enfrenta a graves problemas estructurales que ameritan pensar y proponer un cambio profundo del modelo socioeconómico, ya que, aunque son economías que crecen, no generan vidas dignas ni sustentables para todos sus habitantes. Sin duda alguna, uno de los problemas más graves es la desigualdad social, que se afianza en un modelo económico en el que la agricultura ha perdido centralidad, y ahora se sitúa en otros sectores, como en el de los servicios y en el de la migración; en bajos niveles de industrialización; en amenazas de fortalecer una economía extractiva que crea conflictividad social y degradación ambiental; en la poca inversión en los sectores que representan indicadores del desarrollo humano, y en Estados que no han terminado de constituirse, al igual que sus democracias, que ahora se enfrentan a nuevos flagelos

internacionales, como la criminalidad, el crimen organizado, la trata de personas y el narcotráfico.

4. Las actuales dinámicas migratorias y los escenarios futuros requieren estrategias múltiples

Con el anterior contexto, ¿podemos pensar en un vínculo entre migración y desarrollo?

Para responder a esa pregunta, es importante aplicar la teoría que analiza la complejidad de las dinámicas migratorias de las últimas décadas. Para ello, es necesario abordar las macroestructuras, sabiendo que las migraciones afectan a las comunidades de origen y a las de destino, y las mesoestructuras, que vinculan estos procesos migratorios con la agencia humana (Castles 1997 y 2010, en Programa de Investigación IDGT 2016). Además, habría que desarrollar este análisis desde tres niveles: el estructural, desde las fuerzas que generan las migraciones en los países llamados en desarrollo; luego, desde aquellas fuerzas que atraen en los países desarrollados y, al final, desde el tratamiento de las estructuras sociales y económicas, que sirven para conectar las áreas de emigración e inmigración.

Por ello, es importante concluir que, sin duda alguna, el contexto descrito anteriormente (del modelo socioeconómico de los países centroamericanos) es un factor fundamental de expulsión; que la desigualdad y las condiciones de vida entre los países del norte y del sur, así como las condiciones de los mercados de trabajo y de los salarios, atraen a población del sur hacia el norte; que esta población genera importantes cambios en los países de origen y de destino, donde no necesariamente son los que más ganan; y que en estas dinámicas los sujetos migrantes adquieren una agencia importante.

También es importante concluir que la población migrante, sus remesas y sus familias no son responsables y no tienen como mandato generar el desarrollo de las comunidades de origen o de destino, sino que se incorporan a una serie de posibilidades a partir de su propia agencia, pero también a partir de los grandes límites que crean las condiciones estructurales desde lo local, lo nacional y lo global.

Por tanto, los cambios de los sistemas económicos y sociales deben hacerse desde países, localidades, regiones y diversos actores para que la migración no sea cada vez más forzada, sino que se constituya más bien solo en una posibilidad de movilidad humana.

Los Estados, con su ausencia, con su acción de omisión y con su acción en detrimento del bien común, son los principales responsables de establecer buenas condiciones para vivir y para el bienestar. Estos también son responsables de la generación de políticas públicas a favor de lo que se ha avanzado en indicadores de desarrollo humano, rural, territorial y sostenible. Ojalá transitemos hacia posibilidades reales del buen vivir, hacia un desarrollo con las características culturales de nuestros pueblos o de nuestra región, especialmente ahora que nos enfrentamos a duros escenarios

antiinmigratorios que pueden aumentar los retornos por el miedo, las detenciones y las deportaciones de migrantes.

Aquí, traigo a colación los escenarios construidos con el auspicio de la Organización Internacional por las Migraciones (OIM), de la Fundación Friedrich Ebert Stiftung y de Global Future. Estas instituciones reunieron a 50 especialistas para el proyecto llamado Tomorrow's World of Migration and Mobility. En él imaginaron cuatro escenarios posibles sobre el futuro de la migración internacional para 2030. Estas posibilidades se asimilan bastante a las propuestas planteadas por varios célebres ensayos, novelas y películas, como *El choque de civilizaciones*, *Los hijos del hombre*, *El mundo que viene* y *Yo, robot*.

Primer escenario: fronteras extensas, movilidad reducida (*El choque de civilizaciones*).

Segundo escenario: colapso de las naciones, migración por pura supervivencia (*Los hijos del hombre*). **Tercer escenario:** desarrollo inclusivo y sostenible, y reconocimiento de los beneficios de la migración (*El mundo que viene*). **Cuarto escenario:** mundo planeado y controlado por las tecnologías de la información, menor necesidad de trabajadores migrantes (*Yo, robot*).

Por ello coincido en que hay que hacer todo lo posible para acercarnos al tercer escenario, que es lograr un desarrollo más inclusivo y sostenible, así como reconocer los beneficios de la migración. Se deben aprovechar las dinámicas que crean los migrantes a través de sus vínculos en el "aquí y en el allá", sus múltiples aprendizajes, el aporte financiero a los países y el sostenimiento de sus familias. Es fundamental pensar en estrategias múltiples que, tal y como lo propone el posdesarrollo, recojan estos saberes, prácticas, luchas, además de la recuperación de espacios y el qué y el cómo de las alternativas.

De esta manera, delinee algunas posibles estrategias múltiples que pueden dar más oportunidades a la población migrante para que se integre a procesos de transformación social desde su naturaleza:

1. Los migrantes deben constituirse en una fuerza social en el “aquí y en el allá”. En el allá, para defender sus derechos al trabajo y a la ciudadanía, pues ambos deberían crear fisuras en el sistema capitalista para evitar cada vez más la sobreexplotación. En el aquí, su aporte de remesas debería trabajarse como sector de la macroeconomía y como sector económico organizado tanto en lo nacional como en lo local. Los vínculos transnacionales ya están dados, pero deberían fortalecerse y ampliarse en su capacidad de influir en las dinámicas locales, nacionales y en el país de destino.
2. Organizar los territorios y sus economías. Algo importante que también aporta a las dinámicas migratorias es la capacidad de autogestión, pues, a pesar de la ausencia y de la cada vez más represión de los Estados, ellos y ellas realizan cambios en sus comunidades de origen y en sus comunidades de destino. Es fundamental la incorporación de la población retornada y deportada, principalmente de mujeres y de jóvenes. Estudiar dichas dinámicas y generar mecanismos de apoyo que las amplíen y las mejoren (estructuras de financiamiento, tecnología y alternativas productivas y de mercado) podría crear procesos de organización de los territorios y de sus economías, y a esto se podría agregar un fuerte vínculo transnacional que también apoye a las autonomías territoriales.
3. Participación política nacional y transnacional. Es urgente que la población migrante fortalezca su agencia política y que rompa los cercos más allá de las fronteras. Esto significa tener influencia en los cambios políticos de sus países e instituciones; pero, sobre todo, en una cada vez mejor correlación de fuerza en las estructuras de poder.
4. Nuestras sociedades. Es urgente provocar vínculos más allá de los países. Es necesario un intercambio y una integración de sur a sur. Esto significa que las grandes dificultades comunes nos deben ayudar a construir alternativas regionales y a fortalecer la movilidad e integración regional de sur a sur. Y, por supuesto, la solidaridad de sur a norte para la defensa de todos los derechos de la población migrante. Se trata de una cultura por la hospitalidad y de un pacto por las migraciones y el refugio desde los pueblos y desde las instancias éticas y morales que nos quedan.
5. Terminar con los procesos de cooptación y de capturas de nuestros Estados y democracias, para que así puedan responder a la creación de alternativas para el bien común y el bienestar. Esto solo se logra organizando y movilizándolo a la ciudadanía y estableciendo una acción política articulada.
6. Es urgente que los Estados respondan con los servicios básicos de salud, educación, seguridad y resguardo del medioambiente. Además, deben definir modelos económicos que promuevan la inclusión y mayores niveles de igualdad.

Bibliografía

- Anto, M. (2009). *Política económica internacional: perspectivas para el Perú*. Lima: Universidad San Martín de Porres. Recuperado de <http://www.gbv.de/dms/zbw/630870268.pdf>
- Castles, S. y Delgado Wise, R. (Comps.). (2007). *Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur*. Ciudad de México: Secretaría de Gobernación y Organización Internacional para las Migraciones.
- Escobar, A. (2005). El “postdesarrollo” como concepto y práctica social, en Mato, D. (Coord.). *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad de Venezuela, pp. 17-31.
- Escribano, G. *Teorías del desarrollo económico*. Madrid: UNED. Recuperado de <http://www.uned.es/deahe/doctorado/gescribano/teorias%20desarrollo%20oei.pdf>
- Friedrich Ebert Stiftung, Global Future and International Organization for Migration (2017). *Tomorrow's World of Migration*. Ginebra: Autores.
- Fundación para la Paz y la Democracia (FUMPADEM). (2017). *Pensando desde Centroamérica*. Recuperado de <https://pensandodesdecentroamerica.wordpress.com/2017/01/19/tasas-de-homicidios-en-centroamerica-del-2006-al-2016-balance-de-una-decada/>
- García, R. (Coord.). (2017). *El retorno de los migrantes mexicanos de Estados Unidos a Michoacán, Oaxaca, Zacatecas, Puebla, Guerra y Chiapas 2000-2012*. Ciudad de México: MA Porrúa.
- Instituto de Investigación sobre Dinámicas Globales y Territorial (IDGT). (2016). *Programa de Investigación Alterglobalización y Horizontes de Transformación Social en Agenda de Investigación*. Ciudad de Guatemala: Universidad Rafael Landívar.
- Márquez Covarrubias, H. (2010). Desarrollo y migración: una lectura desde la economía política crítica. *Migración y Desarrollo*, 8(14), pp. 59-87. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-75992010000100004
- Márquez Covarrubias, H. y Delgado Wise, R. (2011). Una perspectiva desde el sur sobre capital global, migración forzada y desarrollo alternativo. *Migración y Desarrollo*, 9(16), pp. 3-42. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/298787804_Migracion_forzada_y_desarrollo_alternativo
- OECD-UNDESA (2013). *La migración mundial en cifras*. Recuperado de <https://www.oecd.org/els/mig/SPANISH.pdf>
- Orozco, M. y Yansura, J. (2015). *Centroamérica en la mira. La migración en su relación con el desarrollo y las oportunidades para el cambio*. Buenos Aires: Teseo.
- Riechmann, J. (1995). Desarrollo sostenible: la lucha por la interpretación, en Riechmann, J. (Comp.). *De la economía a la ecología*. Madrid: Trotta. Recuperado de <http://www.ceh.cl/wp-content/uploads/2009/12/Desarrollo-sostenible-la-lucha-por-la-interpretaci+%C2%AAAn.pdf>